

LA ADMINISTRACIÓN MISIONERA METODISTA EN MÉXICO. EXPANSIÓN Y DESARROLLO POTENCIAL 1873-1897

The Methodist missionary administration in Mexico. Expansion and potential development 1873-1897

Oswaldo Ramirez González*

<https://orcid.org/0000-0002-7583-4451>

Sociedad de Estudios Históricos del Metodismo en México (SEHIMM), Centro de Investigación en Estudios Sociales y Sustentables (CIESS A. C.)
oswrag@yahoo.com.mx

Recibido: 10-3-2022

Aceptado: 8-7-2022

RESUMEN

Este artículo tiene por objetivo analizar el desarrollo de la obra misionera metodista estadounidense en México de 1873 a 1897. Expone la importancia de la red de ferrocarril como un medio elemental en el traslado y comunicación de los misioneros, así como el contraste entre el desarrollo material de congregaciones de diferentes regiones, tanto de la Iglesia Metodista Episcopal (IME) como de la Iglesia Metodista Episcopal del Sur (IMES). Los estudios de caso se basan en los datos encontrados en informes, bitácoras y noticias publicadas en los periódicos *El Abogado Cristiano Ilustrado* y *El Evangelista Mexicano*, órganos de información elementales del metodismo en México a finales del siglo XIX y principios del XX. Finalmente se destaca la importancia que jugó la estrategia misionera a partir de una eficiente admi-

*Historiador. Maestro en historia por El Colegio Mexiquense, AC., sus temas de investigación refieren al Metodismo en la prensa, educación y regional durante el Porfiriato.

nistración de recursos y la relevancia de colectas, donaciones y diezmos de sus feligreses como elementos de soporte socioeconómico de las congregaciones.

Palabras clave: administración, región, capital, diezmo, donaciones

ABSTRACT

The objective of the article is to analyze the United States Methodist missionary work development from 1873 to 1897. Exposes the importance of railway network as an elementary means of transfer and communication of the missionaries, as well as the contrast between material development from congregations from different regions of both the Methodist Episcopal Church (IME) and the Methodist Episcopal Church, South (IMES). The case studies are based on data found in reports, blogs and newspapers published in *El Abogado Cristiano Ilustrado* and *El Evangelista Mexicano*, elemental information organs of Methodism in Mexico at the end of the 19th and beginning of the 20th centuries. Finally, the importance of the missionary strategy based on an efficient administration of resources and the importance of religious offering, donations and tithes from yours parishioners as elements of socioeconomic support of the congregations is highlighted.

KEYWORDS: administration, region, capital, tithe, donations

INTRODUCCIÓN

La entrada extraoficial del metodismo a nuestro país tuvo su origen en dos vertientes: la primera a través de colonos anglosajones que en plena lucha de independencia de México en 1814, incursionaron en el territorio de Texas. La segunda fue con la llegada de mineros de Cornwall, Inglaterra, a la villa de Real del Monte en 1824. Sin embargo, tuvieron que pasar casi sesenta años para que las condiciones sociopolí-

ticas finalmente favorecieran la introducción formal del metodismo y de otros grupos protestantes a México.

En 1873 llegaron líderes misioneros de la Iglesia Metodista Episcopal y de la Iglesia Metodista Episcopal del Sur¹. Ambos grupos aprovecharon diversos factores para la implantación de congregaciones a lo largo y ancho del país, entre otros, la secularización religiosa y apertura que garantizó el ingreso de grupos protestantes, así como la desamortización de bienes inmuebles eclesiásticos (católicos), todo ello bajo la normativa de la Constitución liberal de 1857. Esto permitió la renta y adquisición de edificios que según las necesidades y objetivos misioneros fueron utilizados como iglesias o instituciones de beneficencia social (escuelas, asilos, internados, hospitales o dispensarios).

La coyuntura sociopolítica fue otra circunstancia aprovechada por los misioneros, por la que intentaron algunas veces con éxito atraer grupos liberales y religiosos disidentes separados de la Iglesia católica. Esto también contribuyó como un puente para consolidar lazos estables de convivencia en las comunidades y ciudades donde paulatinamente se establecieron congregaciones metodistas.

Sin embargo, los objetivos de expansión misionera metodista norteamericana no se hicieron posibles sólo por estas condiciones o por la voluntad y oración, sino por la inyección de capital y por una eficaz administración de sus recursos, además de aprovechar los antecedentes religiosos de algunas regiones que a mediano plazo serían importantes en el desarrollo y establecimiento de congregaciones², lo que les aseguró la permanencia a largo plazo en varias ciudades y localidades.

Por ello, este artículo tiene por objetivo analizar algunos aspectos socioeconómicos y administrativos que fueron cruciales para el establecimiento metodista estadounidense. Uno de ellos se centra en el papel que la migración inglesa jugó a principios del siglo XIX como un factor político, económico, social y cultural que en cierta medida dio apoyo a las empresas misioneras posteriores a 1873 en esa región.

¹ En adelante en el texto para referirse a estas organizaciones se utilizarán las siglas IME e IMES, respectivamente.

² Las congregaciones hidalgüenses de Pachuca y Mineral [Real] del Monte son el ejemplo más claro de ello.

En función de esto, el presente texto se encuentra enmarcado en una temporalidad de mediano aliento, es decir, un período de más de setenta años (setenta y tres para ser exactos), desde la llegada de los primeros mineros ingleses y entre ellos algunos practicantes del meto-dismo (de 1824 a 1897), año en el cual la mayor parte de las institucio-nes educativas de la IME e IMES ya habían sido fundadas (Bastian, 1993, p. 324) A partir de allí, el afianzamiento misionero metodista comenza-ba otra etapa, la de la expansión y administración. Misma que un par de años antes, el gobierno dictatorial del general Díaz había emprendido al concesionar la infraestructura ferroviaria a manos de los principales capitales ingleses y norteamericanos.

Lo anteriormente mencionado toma como referencias las pre-misas generales de la historia económica y social; entendiendo que nin-gún capital financiero se mueve por sí solo y ningún conglomerado de la sociedad interactúa de manera irracional. Para ello, se valora la im-portancia de las crisis económicas y los efectos migratorios que éstas generan. Para el desarrollo, las características geográficas son elementa-les, tanto las condiciones del medio ambiente como los medios que proporcionan sustento y comunicación.

En este sentido, la primera parte de este artículo está dedicada a la descripción y los antecedentes generales que hicieron posible en cierta forma la inserción metodista en algunas zonas de nuestro país. Se alude a la migración, en este caso externa, así como a las condiciones propias de comunicación como el ferrocarril y al contexto sociopolítico general como los principales detonantes para que estos grupos y sus descendientes lograsen un arraigo y posterior contacto con grupos de la IME e IMES.

La segunda parte del texto se enfoca en el análisis comparativo de algunos rasgos que hicieron viable o improcedente la administración y creación de congregaciones en varias regiones del país. Para llegar a este punto, este escrito se basa casi en su totalidad en las pesquisas con-tenidas en los principales periódicos metodistas de circulación de la época. En ellos se observan datos contenidos en informes, notas de prensa y reseñas que nos dan una idea parcial sobre la dinámica admi-nistrativa de los ministros religiosos y sus organizaciones.

Finalmente, la pertinencia de dicho tema no pretende exponer de manera visceral a estas organizaciones religiosas, sino dar un sentido práctico y material respecto a factores que pocas veces son estudiados. Quiérase o no, un grupo religioso no es solo un conglomerado en torno a una fe, una educación y a su desarrollo propositivo en una sociedad, sino el resultado de cómo resguarda y divide sus finanzas para hacer llevadera su iglesia que es, en pocas palabras, una empresa de la fe.

I. LOS PRIMEROS METODISTAS LLEGAN A MÉXICO

a. MINEROS INGLESES Y SU IMPACTO EN EL METODISMO MEXICANO

Finalizado el proceso de independencia de México (1810-1821), el desarrollo político, económico y la reconfiguración social emprendieron una larga jornada. En el aspecto productivo, al romper con el imperio español el territorio mexicano buscó por otras vías el reconocimiento y la reactivación de la economía. El sector que más sufrió en ese rubro fue el minero. Para evitar la quiebra, el conde José María Romero de Terreros (III conde de Regla) realizó los tratos necesarios para arrendar sus minas ubicadas en la Comarca Minera México, perteneciente en ese entonces al recién fundado Estado de México³.

En 1823, el conde solicitó a la firma comercial británica Robert Staples Company para proponer por medio de su socio (corredor de bolsa), el londinense Thomas Kinder, invertir en la zona minera de Real del Monte. El empresario John Tylor, cuyo capital se encontraba en gran parte en las minas de Cornwall, se vio ampliamente interesado, por lo que en menos de dos semanas zarpó junto con algunos técnicos e ingenieros desde el puerto de Liverpool hacia tierras mexicanas (Villa-

³ El Estado de México se fundó el 2 de marzo de 1824 y comprendía entre su territorio los actuales estados de Hidalgo, Morelos y parte de Guerrero. Actualmente la Comarca de Minera se ubica en el estado de Hidalgo, y la conforman los municipios de Mineral del Monte, Epazoyucan, Huasca de Ocampo, Mineral del Chico, Mineral de la Reforma, Omitlán de Juárez, Atotonilco El Grande, Singüilucan y Pachuca de Soto, la capital del estado.

lobos, 2004, p. 23). Una vez firmado el convenio, los primeros técnicos e ingenieros arribaron el 11 de junio de 1824.

El condado de Cornwall era una región dedicada tradicionalmente a la extracción de metales, principalmente hulla (carbón), estaño y cobre. Desde finales de siglo XVIII y hasta mediados de siglo XIX su producción era muy significativa y comenzó a ser creciente, pasando de 9000 toneladas anuales en 1787 a 36.000 toneladas en 1851 (Rule, 1990, p. 125), es decir, que la producción aumentó aproximadamente cuatro veces de manera anual durante 64 años. Sin embargo, para principios de 1800 se generó en la región una crisis en la explotación del estaño.

Lo anterior, junto con el exceso de mano de obra y la poca disponibilidad de tierras para cultivo, provocó una grave crisis, y el aumento de la pobreza en varios condados obligó a los trabajadores a desplazarse de su lugar de origen. Las oportunidades que representaban fuentes de trabajo en el nuevo continente generaron éxodos migratorios no solo hacia los Estados Unidos, sino a varias partes de América Latina, entre ellos el recién independizado México.

La migración de irlandeses, escoceses e ingleses hacia el continente americano o hacia colonias del Imperio Británico, la India y Sudáfrica fue un fenómeno común y una de las alternativas más viables desde la segunda década del siglo XIX (Villalobos, 2004, p. 17). Aunque la opción de trabajar en países que recientemente se habían independizado de la corona española no les era del todo atractiva, representaba una opción de cambio comparado con la situación de precariedad que vivían en sus lugares de origen. Por tanto, la oferta que ofreció la Compañía minera de Tylor para trabajar en las minas de plata de Real del Monte obedeció a este mecanismo de desplazamiento, pues significó una oportunidad para mejorar sus condiciones laborales.

A su llegada, los trabajadores ingleses se establecieron en los poblados en las inmediaciones de las minas, principalmente en Omitlán, Real del Monte y Pachuca; éste último sería más tarde la capital del estado de Hidalgo⁴. La migración de mineros fue paulatina; en un

⁴ El 16 de enero de 1869 se fundó el estado de Hidalgo, el cual se separó del Estado de México para conformar una entidad independiente. La designación de su nombre fue en honor a Miguel Hidalgo y Costilla, sacerdote iniciador del movi-

primer momento solo se contó con algunos técnicos e ingenieros desde 1824 cuatro años más tarde, superaban las 100 personas. De 1828 a 1830 había poco más de 180 trabajadores británicos. Este número se incrementó hasta llegar a 280 individuos en 1870 (Villalobos, 2004, p. 24).

La llegada de los migrantes *cornish*⁵ modificó la dinámica poblacional y socioeconómica de la región, la cual se convirtió en un referente de desarrollo minero durante gran parte del siglo XIX. Además, el intercambio cultural fue inevitable: introdujeron costumbres culinarias como tomar el té y el *pasty* (paste), deportes como el críquet (de donde más tarde se desprenderá el primer equipo de fútbol), así como otras prácticas religiosas, en particular el metodismo.

Cabe señalar que para finales del siglo XIX la membresía inglesa metodista era significativa. Para darnos una idea del porcentaje numérico de practicantes podemos observar el anexo 1, donde se señala que en 1887 hacían un total de 63.580.000 millones de protestantes; eso incluye tanto a quienes se encontraban en el imperio como en sus colonias, protectorados y otros países, en los cuales el metodismo ocupaba el segundo lugar en membresía con 15.800.000 millones, que representaba el 25% de ingleses practicantes a nivel mundial.

Si bien los datos estimados reflejan el flujo de población y membresía más de sesenta años después de que los *cornish* llegasen a territorio mexicano eso no significa que las estadísticas hayan permanecido fijas durante todo ese tiempo. Sin embargo, es probable que para el primer cuarto del siglo XIX un grupo importante de mineros metodistas hayan llegado a tierras de la comarca minera de Hidalgo.

Prueba del impacto de la migración inglesa y de la afinidad que lograron con algunos pobladores fue el trabajo que la Sociedad Bíblica de Londres realizó de manera extraoficial en la primera mitad del siglo XIX. Durante la década de 1840 sus agentes enviaron ejemplares de la Biblia en inglés para los trabajadores, lo que fortaleció las actividades evangelizadoras en la región (Villalobos, 2004, p. 70). Estaba permitido que los mineros y trabajadores británicos ejercieran su fe de manera es-

miento de independencia.

⁵ Se conoce con este nombre a los migrantes provenientes de la Gran Bretaña debido a la región de procedencia de la mayoría, el condado minero de Cornwell.

tricta excluyendo y prohibiendo propagar sus creencias a personas de origen mexicano. Sin embargo, es probable que pese a las restricciones, la práctica y la conversión a estos cultos se diera de manera reservada para algunos pobladores que mostraron cercanía con ellos y que por lo general mantenían un estrecho lazo laboral en las minas.

Las restricciones y prohibición de ejercer un culto religioso distinto al católico estaban contenidas en la Constitución de 1824, una de las cartas magnas más conservadoras que ha tenido nuestro país a lo largo de su historia. Para evitar rispidez social y ahuyentar al capital extranjero los legislativos mexicanos crearon excepciones a esta regla.

En 1826 se firmó un acuerdo anglo-mexicano que estableció por excepción que los residentes ingleses gozarían de una protección extensiva en sus personas, casas y bienes inmuebles por parte del gobierno (Escorza, 2018, p. 19). Este acuerdo generó que las familias de los migrantes ingleses no solo practicaran sus costumbres religiosas en sus hogares, sino también en su trabajo, e incluso construyeron una pequeña capilla en donde se oficiaban servicios religiosos en idioma inglés. Ejemplo de ello fue Richard Rule, laico metodista que daba clases de Biblia a los operarios (en inglés), mientras el Dr. Guerrero oficiaba sermones religiosos al resto de trabajadores de las minas en idioma español (Escorza, 2018, pp. 23-24).

Cabe señalar que de 1827 a 1830 la Sociedad Bíblica de Londres tuvo actividades en nuestro país con apoyo de Lorenzo de Zavala y de su representante, Diego Thompson; la finalidad era que en el centro del país se distribuyesen biblias evangélicas y no católicas (Martínez, 2015, pp. 25-26). Esto quiere decir que aun con las medidas restrictivas, el protestantismo buscó esos vacíos y ambigüedades legales para propagar su evangelio. No obstante, esa actividad quedó truncada a mediados del siglo XIX debido a los conflictos que México tuvo con otros países; primero con Francia (Guerra de los pasteles de 1838), así como con los Estados Unidos, la guerra con el territorio de Texas en 1835 y su posterior anexión que originó la invasión norteamericana (1846-1848) con consecuencias desastrosas para México, que a corto plazo no solo repercutieron en la pérdida de más de la mitad del territorio, sino en un resentimiento social que se tradujo en xenofobia por gran parte de la sociedad de aquel entonces.

Si bien la presencia del metodismo en nuestro país comienza con la migración de mineros ingleses en la segunda década del siglo XIX, el primer servicio religioso de este grupo protestante celebrado en nuestro país tuvo lugar en la frontera y los territorios de Texas, Coahuila y Tamaulipas en plena lucha de independencia. Según las crónicas y recopilación de la época, cuando Texas aún era parte del territorio con Coahuila y Tamaulipas, familias de colonos norteamericanos asentados en Pecan Point (hoy Davenport, Texas), y el reverendo Stevenson formaron en aquel lugar la primera sociedad metodista alrededor del año 1814 (Pedro, 2018, p. 35).

El primer nombramiento formal de un pastor en territorio mexicano fue en 1850. El historiador hidalguense Teodomiro Manzano menciona que en 1850 el primer pastor metodista en nuestro país fue Henry Riley (Escorza, 2018, pp. 19-22). Sin embargo, es posible que debido a las circunstancias dicho nombramiento fuese solo válido para la comunidad inglesa local de Real del Monte y Pachuca, y su relación jerárquica directa lo ligase solo con la Sociedad Bíblica de Londres.

Con relación al nombre verdadero de dicho ministro existe controversia en función de su apellido. El reverendo John William Butler, pastor y misionero de la IME, no niega el hecho pero señala que el nombre del primer pastor wesleyano fue Henry Davies, ordenado ministro a principios de 1850 (Escorza, 2018, p. 19). Por la similitud del nombre y fechas en que datan ambas fuentes, y por la carencia de un registro respecto a su apellido verdadero, es posible que se trate de la misma persona.

Otro de los resultados de la influencia cultural de los metodistas ingleses en aquella región fue la construcción de una escuela rural que funcionó desde 1839 como escuela diaria para dar instrucción básica a sus hijos. En 1886 esta escuela, ya sin ingleses, ahora con el nombre de Escuela Juárez, sirvió de foco misionero de la IME para captar simpatizantes de las áreas aledañas (Baquero, 2017, p. 1).

Definitivamente, la migración causada por la crisis económica en Cornwall, Inglaterra, tuvo dos efectos. El primero de ellos fue la reactivación económica temporal de la región. Las minas e instalaciones realmontenses en 1824 eran resto de su época de esplendor, pero años

más tarde serían una industria prometedora (Ruiz, 2000, pp. 99-100). A pesar de estos esfuerzos, el rescate y tecnificación no arrojaron ganancias suficientes a corto plazo, por lo que dicha empresa resultó en grandes pérdidas, lo que obligó a su abandono a mediados de 1850.

El beneficio y la explotación de plata jamás logró sus expectativas, por lo que su desarrollo no duró más de veinte años. En 1848 la compañía arrojó pérdidas por más de dos millones de pesos, motivo por el cual decidió vender sus acciones a una compañía mexicana formada por Nicandro Béistegui y Manuel Escandón, quienes dejaron al frente de la empresa al técnico John Buchanan (Menes, 1982, p. 34). Las condiciones políticas y económicas que pasaba el país por aquel entonces no eran nada alentadoras, y pese a que no se tiene registro de muestras xenófobas en contra de los mineros ingleses en la villa de Real del Monte y áreas aledañas, tuvieron que desistir de su propósito.

En segundo lugar, pese a la situación desalentadora de la industria minera, el establecimiento temporal de los mineros *cornish* en la región sentó los precedentes para que los descendientes de quienes no quisieron regresar a Europa iniciaran contacto con los misioneros norteamericanos de mediados de la década de 1870, y con ello instituyeran un foco de predicación que más tarde proliferó en la fundación de varias iglesias y escuelas.

Algunas de estas relaciones sociales fueron cruciales en el establecimiento y apoyo de la obra misionera emprendida por la IME en Pachuca, como por ejemplo Francisco Rule, accionista, minero y empresario británico quien para la segunda mitad del siglo XIX se convirtió en uno de los principales benefactores del desarrollo arquitectónico de la capital hidalguense. Con su financiamiento contribuyó a la construcción del Reloj Monumental y de la iglesia metodista el Divino Salvador. Otro de los miembros de esta familia fue el Dr. Guillermo Rule, predicador local de pueblo de El Chico (Mineral de El Chico), que en 1887 contribuyó a la construcción de la capilla metodista en aquella localidad (Sección doméstica, 1887, p. 38).

B. EL FERROCARRIL COMO ELEMENTO DE INTERCONEXIÓN

La invasión estadounidense a México (1846-1848), la guerra de reforma (1858-1861), la Guerra de Secesión estadounidense (1861-1865) y el establecimiento del segundo imperio mexicano (1864-1867) fueron los principales acontecimientos que impidieron el ingreso formal de protestantes a nuestro territorio. No fue sino hasta los primeros años del porfiriato cuando las Leyes de Reforma de las que derivó la Constitución de 1857 en las que la desamortización de bienes eclesiásticos y la secularización religiosa beneficiaron el ingreso de grupos protestantes a nuestro país.

Junto con ello, la llegada a la presidencia de Porfirio Díaz (en su segunda reelección) trajo consigo el planteamiento de modernización en infraestructura de México, lo que significó la apertura a capitales extranjeros, la reactivación de diversas áreas de la economía por medio del establecimiento de fábricas o por el acaparamiento de tierras, así como la mejora en caminos y la introducción del ferrocarril, medio que también benefició la llegada y el traslado de los diversos grupos misioneros a gran parte del territorio mexicano.

Entre 1881 y 1903 se construyó aproximadamente el 70% del trazado ferroviario comprendido durante todo el porfiriato. La traza y destino de estas vías tuvo como objetivo hacer parada en los principales centros de producción manufacturera, agrícola e industrial del país, todos con una dirección en común, la frontera norte⁶.

Las compañías ferrocarrileras se interesaron en la formación de asociaciones protestantes entre sus trabajadores, probablemente debido a la afinidad que tenían algunos contratistas, ya fuese por el idioma (ingleses o británicos) o por la religión (protestante). En función de ello, Bastian (1993) menciona que estos grupos religiosos tenían una ética laboral más responsable, por lo que los misioneros no dudaron en establecer templos cercanos a las vías del ferrocarril en el centro y norte del país. Por este motivo, la IME e IMES consideraron al ferrocarril un ele-

⁶ El resto del tendido de vías, es decir el 30%, fue construido y algunas quedaron inconclusas después de 1910, y solo una pequeña parte se inauguró durante el gobierno anterior de Sebastián Lerdo de Tejada (Riguzzi, 1996).

mento crucial en el traslado de pastores, laicos y profesores, así como para la entrega de material de divulgación religiosa como biblias, nuevos testamentos, prensa y literatura cristiana, que llegaría con mayor facilidad y rapidez a sus puntos de misión.

El desarrollo de vías férreas durante el porfiriato influyó en la movilidad poblacional de gran parte de los habitantes. Aunque también siguieron utilizando caminos rurales para comunicarse con las comunidades más alejadas, el ferrocarril significó un gran cambio y ventaja de la modernización y el progreso material de la época. No por nada era mencionado con frecuencia en periódicos; tanto en el *Abogado Cristiano Ilustrado* como en *El Evangelista Mexicano*⁷ se hace alusión en varias ocasiones a la inauguración y avance de vías férreas tanto en México como en otros países.

C. LA LLEGADA DE LOS METODISTAS NORTEAMERICANOS A MÉXICO

Durante la Guerra de Secesión estadounidense (1861-1865), el metodismo tuvo un incremento significativo en su territorio, sobre todo por parte de la IME, en tanto que la IMES sufrió el duro embate de la disminución. La Iglesia Metodista Episcopal fue una de las iglesias con mayor membresía desde mediados de 1840. En 1844 tuvo una escisión importante debido a diferencias ideológicas entre esclavistas y abolicionistas. En mayo de 1845, los delegados de los estados sureños se reunieron en Louisville, Kentucky, para organizar la nueva iglesia (Pérez, 2002, p. 24). Fue así como surgió la IMES, la cual apoyó el esclavismo, y por causas ideológicas se separó de la iglesia del norte, la IME, que era abolicionista.

⁷ *El Abogado Cristiano Ilustrado* inició su publicación en 1877 en la Ciudad de México. Su redacción, impresión y distribución corrió a cargo de la IME. *El Evangelista Mexicano* se creó en 1879, y circuló como órgano oficial de la IMES, que lo editó, redactó y distribuyó. Sus ejemplares fueron impresos en EE.UU. Este periódico surgió para cubrir mayoritariamente el centro de la República Mexicana. Antes, este grupo misionero ya había fundado *El Abogado Cristiano Fronterizo* pero su distribución se limitó al área fronteriza entre México y Estados Unidos.

La guerra civil afectó de diferente forma a las congregaciones metodistas estadounidenses. A pesar de sufrir mayores estragos materiales, la IMES se mantuvo en pie aunque con un decrecimiento importante. Su número bajó dos terceras partes, muchas de sus iglesias quedaron en ruinas y la mayoría de sus ministros murieron o quedaron severamente heridos. Por otro lado, la IME no sufrió tanto durante la guerra; en la década de 1860 obtuvo un incremento en su membresía y entre 1865 a 1913 tuvo un crecimiento del 400%, es decir casi cuatro millones de feligreses (Pérez, 2002, pp. 27-28).

Pese a sus diferencias ideológicas, ambas trabajaron de manera conjunta en México en pro de la oportunidad que ofreció el gobierno mexicano para la introducción de grupos misioneros. A finales de 1873, los ministros Gilbert Heaven y John C. Keener (IMES) viajaron en las corridas inaugurales del ferrocarril desde el Puerto de Veracruz hasta la Ciudad de México (Martínez, 2015, p. 90). A los pocos días de su arribo llegó también el reverendo William Butler (IME). El acercamiento de Butler con grupos disidentes, potenciales simpatizantes del metodismo en lugares como Pachuca y Real del Monte, generó un crecimiento paulatino en la obra misionera de la IME en el centro del país. Esta fracción misionera tuvo presencia no solo en el Valle de México sino también en zonas de la huasteca y comarca minera hidalguense, así como en la región azucarera de Morelos y el Valle de Puebla y el Bajío (Bastian, 1983, pp. 38-71). Sus principales enclaves misioneros fueron ciudades como Puebla, Pachuca, Tlaxcala, Miraflores, Orizaba, Guanajuato, Querétaro y Ciudad de México.

Por otra parte, para 1880 la IMES contaba con congregaciones en el centro y norte del país, además de la Ciudad de México. Tuvo puntos de predicación en Toluca, Metepec, Ayutla, Cocotlán, Ameca, Texcoco, Cuernavaca, Cuautla, Jojutla, Miacatlan, Orizaba, Tula, Oaxaca, Morelia, Uruapan, Zitácuaro, León, Colima y Matamoros (Mendoza, 2015, pp. 177-206), así como al noreste y occidente de la República Mexicana en ciudades como Durango, Saltillo, Ciudad Juárez, San Luis Potosí, Monterrey, Chihuahua y Jalisco.

2. LA ADMINISTRACIÓN MISIONERA NORTEAMERICANA

a. CAPITAL, COLECTAS, INMUEBLES, Y ARRIENDOS

La IME incursionó en diversos lugares del mundo promoviendo la creación de iglesias, congregaciones e instituciones que sirvieran de soporte para su denominación. En el anexo 2 se muestran datos sobre el total de inversión que la Sociedad Bíblica Misionera de la IME realizó en varias partes del mundo de 1834 a 1886. En dicho cuadro se observa que en México de 1873 a 1886, el monto de inversión misionera ascendía a 406.047,73 dólares. Comparado con la cantidad de recursos invertidos en África de 1834 a 1886, cuya suma fue de 806.506,14 dólares, el capital en nuestro país en tan solo trece años representó el 50% del presupuesto que durante 52 años se invirtió en África, lo que nos lleva a suponer que, debido a la vecindad con México, la viabilidad de condiciones representó un proyecto misionero más rentable a mediano plazo.

Por otra parte, en el mismo esquema se observa que en la India de 1856 a 1886 el capital invertido ascendió a 1.930.008,26 dólares. En comparación con la inversión en México, supone un mayor riesgo el que corrió la IME con aquella empresa evangelizadora, la cual no dio los resultados deseados al decir de la época. Desde luego hay que entender que son contextos y momentos diferentes, pero no se deja de lado que en ambos casos el impacto colonial y el desarrollo ferrocarrilero y las premisas de “modernidad y progreso” jugaron un papel crucial en el desempeño y el avance misionero, respectivamente.

Por otro lado, en Sudamérica la Sociedad Bíblica Misionera de la IME invirtió la cantidad de 340.910,67 dólares durante 50 años (1836-1886). Pese a que ello representa un lapso superior de tiempo de permanencia misionera en el sur del continente comparado y que no corresponde al esfuerzo e inyección de ingresos, se entiende que esto pudo originarse por las condiciones contextuales relacionadas con la estabilidad política, social y económica de Sudamérica, la que para entonces estaría pasando breves más complejos que nuestro propio país.

A pesar de que los datos anteriores son insuficientes para un análisis más profundo, no deja de ser loable que la evangelización fuera

planeada considerando ese y otros factores de riesgo: un país mayormente rural, con una geografía complicada para trasladarse, la intolerancia religiosa en algunas regiones, así como los ingresos inciertos por cada foco misionero que se creara debido a que las condiciones de algunas zonas impedían a sus feligreses la recaudación de donativos considerables para su manutención. Esto generó que en algunas zonas fuese más difícil invertir de manera continua, con relación a zonas donde los poblados contaban con el ferrocarril y caminos seguros como medio de transporte.

En este orden de ideas, es indiscutible que la base del crecimiento y punta de lanza en el establecimiento de las misiones metodistas fue la inversión en la educación; las escuelas fueron uno de los pilares más importantes para el avance de la obra misionera (Ruiz, 1992, p. 67), al igual que los hospitales en construcción en áreas urbanas y rurales, que reforzaron el proceso de evangelización tanto de la IME como de la IMES. No obstante, por la complejidad que ambos requieren sería imposible tratarlos en este texto, por lo que me centraré en el desarrollo general, administrativo y cuantitativo de casos específicos.

Cabe señalar que el trabajo misionero de la IME e IMES no solo fue financiado por las instituciones antes mencionadas sino también por montos que designaron las sociedades bíblicas, así como por las aportaciones de las congregaciones metodistas de Estados Unidos. Otro rubro que contribuyó al sostén de actividades y sueldos fue la venta y distribución de literatura cristiana, biblias, libros, nuevos testamentos y prensa. Las ofrendas⁸ o donativos fueron esenciales desde un primer momento, puesto que se utilizaron para sufragar gastos y apoyar el sostenimiento de misiones y organizaciones al interior: apoyo a los enfermos, a misioneros, para pensionados, salario de los pastores y maestros

⁸ Se conoce con el nombre de ofrendas a las aportaciones voluntarias según la capacidad de cada congregante, las cuales por lo general eran recolectadas durante sus servicios religiosos. También se fomentó el donativo de la décima parte de los ingresos percibidos, mejor conocido como diezmo. Este último fue sustentado con base en el discurso bíblico en Proverbios 3:9: “Honra a Jehová con tus bienes, y con las primicias de todos tus frutos”, así como en 2 Corintios 9:7: “Cada un dé como propuso en su corazón, no por tristeza o por necesidad, porque Dios ama al dador alegre.”

o para actividades especiales (festividades de aniversario, día del niño, entre otras).

Cada región de México significó un reto en la adaptación de los medios para la evangelización, por lo tanto, ni los mecanismos ni los ingresos fueron iguales en el centro, sur y norte, aun con el creciente número de feligreses. La ventaja que tuvieron en cuanto a desarrollo y obtención de donativos entre una u otra región estuvo determinada por factores como el tipo de actividades económicas regionales y el acceso a dichas congregaciones, es decir, que tan cercanas se encontraban de las vías férreas. Así, por ejemplo, el trabajo misionero en la frontera y en el centro del país fue relativamente más factible que en el sur.

Al respecto, los anexos 3 y 4 muestran el comportamiento financiero de dos regiones pertenecientes a la IMES en dos momentos distintos pero que nos sirven para dar dimensión al análisis.

El anexo 3 muestra que del total del monto anual colectado, 1.823,94 pesos en la Conferencia Central de México, es decir, el trabajo misionero desarrollado por la IMES en el Valle de México y alrededores, el rubro destinado para propiedad (rentas, manutención y pagos de inmuebles) fue de 771,39 pesos. Le sigue el rubro para compra y reparto de biblias y nuevos testamentos, 402,53 pesos, para pobres y enfermos, 384,85 pesos, y para sostén de la misión (gastos y salarios de misioneros), por el monto de 190,60 pesos. Los rubros menores pertenecen a libros y periódicos, 64,83 pesos, y para educación, 9,75 pesos. Es posible que la designación de montos menores a estos dos últimos obedezca a que tuviesen cierto tipo de apoyo por parte de iglesias de los Estados Unidos e individuos que de forma anónima donaran cierta cantidad de manera regular. También es posible que en virtud al tiraje, tanto prensa como literatura fueran autofinanciables en función a la demanda y al reparto de ellos por parte de los misioneros.

En ese mismo orden de ideas, el anexo 4 refiere a las donaciones de dos conferencias misioneras de la IMES en diferentes trimestres durante 1895 ubicadas en dos lugares opuestos. Del lado izquierdo, el monto colectado pertenece al circuito de Toluca, Estado de México, es decir a la ciudad y comunidades de su periferia; del lado derecho, los datos corresponden a Monterrey N.L., y su periferia, la cual pertenece al

área denominada como conferencia fronteriza. Las diferencias geográficas y socioeconómicas entre ambos ejemplos son abismales; por un lado, el desarrollo fabril y agrícola, por otro, la actividad pionera industrial al norte del país. El ingreso y actividades productivas de cada área explican la diferencia de ingreso y por lo tanto el monto de las colectas. La conferencia fronteriza de Monterrey recaudó en el trimestre de abril-junio la suma de 55,70 pesos, que fue cuatro veces mayor a la del circuito de Toluca en el trimestre enero-marzo, de 13,51 pesos.

El desarrollo desigual en las actividades productivas tuvo efectos coincidentes en el monto de los donativos de la feligresía local de cada anexo anterior, lo que determinó el crecimiento de la obra misionera de manera crucial entre una región y otra. Para muestra de lo anterior, vemos en la nota del periódico *El Evangelista Mexicano*, de la cual se han sacado parte de estos datos, que los congregantes muestran preocupación por los ingresos del circuito Toluca, y sugieren que la manera de incentivar el crecimiento en las entradas de las congregaciones es que cada adulto ayude con una ofrenda (donativo) mensual de tres pesos. Se pone de manifiesto el compromiso y generosidad de algunos de sus feligreses infantiles, por ejemplo un niño de siete años que gana seis centavos diarios, y que en un domingo entregó siete centavos para ayuda de la obra misionera (Zavaleta, 1895, p. 70).

Dentro de esta óptica, las actividades agrícolas en su mayoría poseían un flujo menor de ingreso que las actividades industriales. Aun con una membresía creciente, el ingreso no variaría lo suficiente para alcanzar los estándares y resultados que tenían sus pares en la zona fronteriza. Es probable que el único lugar de aquella región que pudiese igualar o acercarse al monto de colectas trimestrales a las de la conferencia fronteriza fuese la iglesia de Miraflores, Estado de México, un pueblo creado como consecuencia del establecimiento de una fábrica textil, propiedad de un norteamericano metodista, donde también existió una escuela rural metodista, en la cual el pastor fungía como profesor (Espejel, 1995, pp. 91-116). No obstante, hasta el momento no podremos asegurar lo anterior, debido a que no se cuenta con el registro de archivo sobre la estadística del monto en colectas que ingresaba en aquel tiempo en aquella congregación.

Por consiguiente, el desarrollo regional en México no fue uniforme, y los ingresos de las congregaciones e instituciones no siempre fueron equilibrados. Por ejemplo, algunas congregaciones de la IMES en Michoacán se encontraban lejos de las vías de ferrocarril y no fue sino hasta después de la Revolución que fueron beneficiadas con caminos y comunicación. A pesar de ello proliferaron pequeñas comunidades heterogéneas en donde la mayor parte de los feligreses eran de extracción humilde (Mendoza, 2015, p. 111). Por otra parte, las congregaciones del centro de México de la IME y de la frontera norte de la IMES tuvieron un crecimiento y desarrollo paulatino con ingresos estables incluso hasta pasada la crisis económica de la década de 1890.

A la importancia de construir instituciones educativas y de asistencia social se le sumó en primer orden la renta o compra de espacios para efectuar sus servicios religiosos, y alojar a profesores, misioneros y pastores. La gestión de espacios para culto y alojamiento de pastores corrió prácticamente a cargo de los propios feligreses, en tanto era posible que las aportaciones misioneras de la IMES e IMES le llegaran a tiempo. El anexo 5 infiere la relación de compra, renta o préstamo de algunos inmuebles de 1873 a 1890. Cabe aclarar que solo muestra la porción de los inmuebles con registros completos. No obstante, los datos en los anexos 6 y 7 complementan esta información pues, aunque en estos últimos no se tiene detalle del origen ni del monto de cada uno de ellos, existe la posibilidad de que el número de templos y casas pastorales totales (en ciudades y zonas rurales), rentadas, prestadas o arrendadas de ambos grupos misioneros fuese aun mayor, quizás un promedio de 100 a 200, aproximadamente.

Volviendo al anexo 6, observamos que la suma total de estos bienes fue de 88.855,49 pesos, de los cuales 78.810,49 pesos correspondían a las casas pastorales y templos, es decir el 87% del valor total. Los datos mostrados en este cuadro no reflejan el número preciso de casas pastorales ni templos, sino el precio en que se valuaban cada uno de estos, lo que nos lleva a suponer un estimado de 40 a 50 inmuebles (casas pastorales y templos).

Por otro lado, en el anexo 7 se trata la estadística numérica y el valor de inmuebles que la IME contabilizó hasta el año 1899, lo que hace una suma total de 298.750,00 pesos, es decir, 74 inmuebles (tem-

plos y casas pastorales). Cabe destacar que la fuente de donde se obtuvieron los datos de dicho anexo menciona que son datos parciales, ya que no todas las congregaciones enviaron su estadística a tiempo (Iglesia Metodista Episcopal, 1899, p. 19). Con base en los fragmentos estadísticos, anterior en su conjunto, la IME e IMES contaron con más de un centenar de inmuebles que funcionaron como recintos para servicios religiosos y casas pastorales. La situación de éstas varió según las condiciones socioeconómicas de cada congregación (arrendada, prestada o adquirida).

Otras instituciones que sirvieron de soporte y de promoción del metodismo en nuestro país fueron los dispensarios, hospicios y hospitales. Entre ellos se destacó el Colegio Palmore de Chihuahua, el cual además de enseñanza primaria y kindergarten contó con las carreras de comercio y enfermería, y también con un hospital, el cual estaba tanto al servicio de los educandos como de la sociedad local.

Su crecimiento y desarrollo fue gradual. Para 1910 contaba con 22 salones de clase, un hospital, instalaciones para albergar a 800 personas, tres comedores, ocho dormitorios, nueve espacios para profesores (recámaras), y una matrícula general de 751 estudiantes, mientras que lo recabado en un año por colegiaturas e internado fue de 34.936,67 pesos⁹. Esta institución fue un claro ejemplo de la eficacia administrativa a mediano plazo de los misioneros. El prestigio de la calidad de sus estudios y servicios propició una demanda gradual desde su fundación, en 1890, hasta 1910, lo que generó no solo el alza en lo recaudado por colegiaturas, sino también la empatía y entrega de donativos de congregantes y simpatizantes, así como por parte del Ejecutivo estatal (Esquivel, 1910, p. 10).

Para 1897 algunas congregaciones, de la mano de escuelas y hospitales, estaban logrando afianzarse en su entorno. El 90 % de sus instituciones educativas más importantes ya estaban funcionando (ver anexo 8). En un informe de la Conferencia Anual Fronteriza de la IMES de 1897 (anexo 9) se puede observar cómo pese al desarrollo educativo y al trabajo misionero en el centro y sur del país, la dispersión de las comunidades generó pocos templos en el área fronteriza (18 según el

⁹ Larios, M. (2010).

anexo), los cuales se encontraban ligeramente por encima de los predicadores locales (12), con una feligresía total de 1873 miembros.

No obstante, el cálculo derivado de lo anterior estima que si existiera un número proporcional de miembros entre estos 18 templos, a cada uno le equivaldría tener más de 100 congregantes regulares (104 para ser exactos). Sin embargo, como el informe es general, y no hay un desglose de cada iglesia nos es imposible saber si esta regla aplicaba de esa manera. Probablemente no, puesto que la dinámica entre cada comunidad implicaba por lógica diferentes factores. Se especula que estos 1873 miembros registrados no estaban repartidos en forma proporcional.

Siguiendo con los datos del anexo 9, el valor de los templos y de las casas de los ministros correspondería a que cada templo tuviera un valor promedio de 2.132,00 pesos, y cada casa de 296,66 pesos. En principio, existe una carencia (déficit del 50 %) en cuanto a la vivienda pastoral, pues está por debajo del número de predicadores locales. Esto solo puede significar una cosa: que en una casa pastoral vivían en promedio dos ministros. La dinámica de trabajo de éstos pudo variar dependiendo de las particularidades de cada congregación, así como de la distancia entre la casa pastoral y la iglesia.

Si había aproximadamente 18 templos, significa que a cada pastor le correspondía compartir la administración de una congregación y trabajar en un máximo de tres congregaciones de manera itinerante.

Por otro lado, el costo promedio de cada templo con el de la vivienda pastoral se dispara en desigualdad, lo que significa que las casas pastorales pudieron ser inmuebles sencillos con lo indispensable para el misionero y su familia, en tanto que el valor de los templos se elevaba hasta siete veces más que las viviendas pastorales. Nuevamente nos encontramos con el problema de que en el informe no se especifican las condiciones de las casas o ni de los templos. En el caso de estos últimos, con toda certeza se trataba de inmuebles en óptimas condiciones, ya sea producto de la negociación de bienes en venta por el estado o la localidad, o bien por el trabajo de la feligresía, es decir, construidos desde los cimientos.

En el lado opuesto a dicho anexo, que corresponde al rubro de colectas (en pesos), se destacan los montos destinados a pastores (1.781,52 pesos), jubilados (187,00 pesos), misiones (331,34 pesos), construcción de templos (112,37 pesos), los miembros de la Liga Epworth (411,00 pesos), oficiales y maestros [personal escolar y docentes] (138,00 pesos) y discípulos (1.457,00 pesos), implicando el grado de atención e importancia con que se considera cada uno de estos aspectos. El monto designado para pastores y discípulos (seminaristas) es el rubro más elevado de lo mencionado en el párrafo anterior, manifestando el grado de importancia en mantener a los ministros de culto y en la formación de nuevos miembros para expandir la obra misionera.

Es difícil dilucidar de manera completa la administración de la obra misionera metodista en nuestro país, puesto que cada congregación e institución que se creó y administró estuvo sujeta a las particularidades de su contexto. Lo que sí se puede hacer por medio de estos informes (anexos) es entrever que el orden “metódico” de sus bienes y finanzas iban de la mano de las prioridades. En el caso del último anexo, es claro que todo se dirige a dos aspectos: bienestar de los ministros de culto, incentivación de nuevos elementos (discípulos), así como al mantenimiento y compra de inmuebles (templos).

CONCLUSIONES

La obra misionera metodista se vinculó estrechamente al panorama socioeconómico de los Estados Unidos y a los montos que eran capaces de enviar tanto la IME como la IMES. Sin embargo, no hay que olvidar que ambos grupos misioneros no construyeron su infraestructura ni su feligresía desde cero. El trabajo que indirectamente se generó a partir de 1814 en el norte del país, y sobre todo en 1824 con los migrantes ingleses, coadyuvó en gran medida para expandir el espectro de su obra misionera.

Es importante señalar la capacidad de planeación logística que los misioneros estadounidenses tuvieron para el desarrollo y establecimiento de iglesias e instituciones educativas y de asistencia a partir de 1873. Su capacidad de gestión y discurso propagandístico religioso en pro del desarrollo liberal y el progreso generó la empatía necesaria con

las autoridades para poder establecerse en la mayoría de los casos en relativa sintonía a las dinámicas de cada localidad. Independientemente, el trabajo de supervivencia y adaptación en localidades rurales siempre tuvo a su favor, más allá de su fe, la voluntad y el discurso de persuasión para que los congregantes, además de asistir regularmente, no olvidaran sus obligaciones monetarias (diezmo y ofrenda).

Dichos factores fueron importantes para conformar la red de evangelización a lo largo del país. Sin embargo, de no contar con el suficiente capital exterior, emanado de congregaciones, particulares y organizaciones externas con sede en el país vecino, su permanencia pudo ser efímera, considerando que las dinámicas económicas de cada región generalmente eran diferentes e insuficientes, con excepción quizás de la zona fronteriza al norte. Para este aspecto, el desarrollo de las comunicaciones, la cercanía con caminos y estaciones de ferrocarril fue crucial para que algunas congregaciones tuviesen mayor constancia y permanencia a largo plazo. Ubicar focos de evangelización en zonas serranas y rurales sin estos elementos significó una desventaja con relación a congregaciones establecidas en ciudades o poblaciones bien comunicadas.

Por lo tanto, el liderazgo y apoyo de misioneros en la recaudación, además de una administración bien equilibrada de los ingresos (donativos) fue de vital importancia para sostener los gastos corrientes de cada misión local. Se utilizaba solo lo necesario y se persuadía a la grey (congregación) para ser constante en las actividades y en sus aportaciones. Sin embargo, aun con la excepcional y metódica administración, y la inversión constante y sonante por parte de benefactores externos (tanto dentro del país como fuera), este sistema colapsó al final del porfiriato debido, entre otras cosas, a la revuelta política y social, pero sobre todo a la salida de misioneros estadounidenses, así como a factores externos como la devaluación monetaria y la crisis financiera de principios del siglo XX.

REFERENCIAS

BIBLIOGRÁFICAS

- Pérez, A. & otros (2002). *Breve historia de la Iglesia metodista unida*. Nashville Tennessee: Alma W. Pérez y otros.
- Baqueiro, O. (2017). *Instituciones metodistas de servicio social en México*. Monterrey, México: Publika Impresos Monterrey.
- Bastian, J. P. (1983). “Metodismo y clase obrera durante el porfiriato”, en *Historia Mexicana*, 33 (129), julio-septiembre, pp. 39-71.
- Bastian, J. P. (1993). *Los disidentes. Sociedades protestantes y revolución en México, 1872-1911*. México: El Colegio de México/ Fondo de Cultura Económica.
- Escorza, D. (2018). *Calles de ladrillo rojo. Breve historia de los metodistas en Pachuca*. México: Editorial Elementum.
- Espejel, L. (1995). “El metodismo en Miraflores, Estado de México. Una experiencia local (1872-1929)” en Ruíz R., *El protestantismo en México (1850-1940). La Iglesia Metodista Episcopal, México (pp.91-116)*, México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Larios, M. (2010). “Vivir la diversidad: La educación protestante de Chihuahua, 1885-1928”, en *Memoria*, 54, abril-junio, pp.1-5.
- Martínez, C. (2015). *Albores del protestantismo mexicano en el siglo XIX*. México: Casa Unida de Publicaciones CUPSA.
- Mendoza, L. (2015). “La iglesia metodista episcopal del sur en el estado de Michoacán” en Sociedad de Estudios Históricos del Metodismo en México (Compilador). *Viviendo la fe. Metodistas en México, 1873-2000*. México: CUPSA Casa Unida de Publicaciones.
- Menes, M. (1982). *Breve historia de la industria hidalguense*. México: Editorial Libros de México.
- Pedro, R. (2018). *Iglesia Metodista Episcopal del Sur. Los primeros diez años en México, 1873-1883. Apuntes para la historia*. México: Casa Unida de Publicaciones, CUPSA.

- Riguzzi, P. (1996). "Inversión extranjera e interés nacional de los ferrocarriles mexicanos, 1880-1914", en Marichal, *Las inversiones extranjeras en América Latina, 1850-1930. Nuevos debates y problemas en la historia económica comparada* (pp. 159-177), México: El Colegio de México/ Fideicomiso Historia de las Américas/Fondo de Cultura Económica.
- Ruiz, R. (2000). *Breve historia de Hidalgo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Ruiz, R. (1992). *Hombres nuevos. Metodismo y modernización en México (1873-1930)*. México: Centro de Comunicación Cultural CUPSA.
- Rule, J. (1990). *Clase obrera e industrialización. Historia social de la revolución industrial británica 1750-1850*. Barcelona: Editorial Crítica.
- Villalobos, R. (2004). *Inmigrantes británicos en el Distrito minero de Real del Monte Pachuca, 1824-1947. Un acercamiento a la vida cotidiana*. México: Archivo Histórico y Museo de Minería A. C. British Council.

Hemerográficas

- "Iglesia Metodista Episcopal, 1899". (1899). *El Evangelista Mexicano*, 1 de marzo.
- "Estadística de la Conferencia Central Mexicana de la Iglesia Episcopal del Sur.- 1885-1886". (1886). *El Abogado Cristiano Ilustrado*, 1 de mayo.
- "La Sociedad Misionera", (1886). *El Abogado Cristiano Ilustrado*, 15 de enero.
- "Protestantes o Reformados". (1887). *El Abogado Cristiano Ilustrado*, 1 de enero.
- "Sección doméstica". (1887). *El Abogado Cristiano Ilustrado*, 1 de marzo.
- Carter, W. (1897). "La Conferencia Fronteriza", *El Evangelista Mexicano*, 1 de diciembre.

Esquivel, I. (1910). “Colegio Palmore-Chihuahua. Su labor educacional y el influjo de la verdad cristiana”, *El Abogado Cristiano Ilustrado*, 6 de enero.

Rubín, V. (1895). “Conferencia Fronteriza. Monterrey”, *El Evangelista Mexicano*, 15 de octubre.

Zavaleta, M. (1895). “Circuito Toluca”, *El Evangelista Mexicano*, 1 de marzo.

Anexo

Anexo 1. Estadística mundial del número de protestantes ingleses (1887)

Denominación religiosa	Millones de habitantes	Porcentaje respecto al total (%)
Episcopales	21 100,000	33
Metodistas	15 800,000	25
Presbiterianos	10 500,000	17
Bautistas	8 180,000	13
Congregacionalistas	6 000,000	9
Otras denominaciones	2 000,000	3
	Total 63 580,000	[100%]

Fuente: Protestantes o Reformados, (1887, p. 6).

Anexo 2. Inversión monetaria de la Sociedad Bíblica Misionera de la Iglesia Metodista Episcopal (IME), 1834-1886.

País y/o región continental	Período	Monto (Dllos.)
África	1834-1886	\$ 806,506.14
América del Sur	1836-1886	\$ 373,644.96
China	1847-1886	\$1 256,020.87
Alemania y Suiza	1850-1886	\$ 895,224.96
Escandinavia	1855-1886	\$ 987,077.05
India	1856-1886	\$1 930,008.26
Bulgaria	1857-1886	\$ 228,498.25
Italia	1871-1886	\$ 306,357.39
México	1873-1886	\$ 406,047.73
Japón	1873-1886	\$ 340,910.67
Corea	1885-1886	\$ 8,451.08
Total:		\$7 537,758.36

Fuente: La Sociedad Misionera, (1886, p. 15).

Anexo 3. Estadística de ingresos anuales de la Conferencia Central Mexicana de la Iglesia Metodista del Sur (IMES) 1885-1886.

Operación	Monto (en pesos)
Para sostén de la misión	\$ 190.60
Para la causa de la educación	\$ 9.75
Para la propiedad de la misión	\$ 771.39
	\$ 384.85
Para pobres y enfermos	\$ 64.83
Para libros y periódicos	\$ 402.53
Para Biblias y Nuevos Testamentos	Total colectado: \$ 1 823.94

Fuente: Estadística de la Conferencia, (1886, p. 70).

Anexo 4. Colecta trimestral. Iglesia Metodista Episcopal del Sur (IMES) 1895.

Conferencia regional circuito Toluca		Conferencia Fronteriza Monterrey	
Trimestre	Enero/Marzo	Trimestre	Mayo/Agosto
Monto	\$ 13.51 pesos	Monto	\$ 55.70 pesos

Fuente: Rubín, (1895, p. 158).

Anexo 5. Edificios católicos concedidos, alquilados o vendidos a las sociedades misioneras metodistas estadounidenses en México de 1873 a 1890.

Año	Edificio	Operación	Costo (pesos mexicanos)	Ubicación	Instancia Jurisdiccional
1873	Capilla de San Andrés	Compra	\$8000 (IMES)	México, D.F.	Gobierno
1873	Convento de San Francisco	Compra	\$16300 (IME)	México, D.F.	Gobierno
1873	Convento de San José de Gracia	Alquiler	\$10/mes (IME)	Orizaba, Ver.	Municipio
1873	Parte del Edificio de la Inquisición	Compra	\$10000 (IME)	Puebla, Pue.	Sr. Blumenkon (priv.)
1874	Capilla	Permiso de uso	(IME)	Omitlán, Hgo.	Municipio
1880	Convento de Santa María de Gracia	Alquiler	(N/E)	Jalisco	--
1890	Ex Convento de San Agustín	Préstamo	(N/E)	Celaya, Gto.	Jefe político local

Fuente: Bastian, (1993, pp.318-319).

Anexo 6. Estadística de La Conferencia Central de la IMES sobre el tipo de inmuebles y su valor para uso en actividades religiosas, educativas y misioneras, 1885-1886.

Tipo de inmueble	Valor (en pesos)
Templos y casas pastorales	\$ 78,810.49
Órganos, muebles de casas arrendadas, muebles de colegios, caballos, monturas, etc.	\$ 5,393.00 \$ 4,106.00
Prensas, tipos de libros, etc.	Total: \$ 88,855.49

Fuente: Estadística de la Conferencia, (1886, p. 70).

Anexo 7. Estadística [incompleta] sobre el número y valor de los inmuebles para uso de servicio religioso de la IME, 1899.

Tipo de inmueble	Número	Valor (en pesos).
Templos	41	\$ 123,700.00
Casas pastorales	33	\$ 175,050.00
Total de inmuebles	74	Total: \$ 298,750.00

Fuente: Iglesia Metodista Episcopal, (1899, p. 19).

Anexo 8. Instituciones de enseñanza primaria, secundaria, normal y teológica metodistas (IME e IMES), 1874-1895.

Nombre	Año de fundación	Localización
<i>A)Escuelas para mujeres</i>		
Colegio Sara L. Keen	1874	México, D.F.
Hijas de Allende	1874	Pachuca, Hgo.
Instituto Mary Keener	1879	México, D.F.
Colegio Hijas de Juárez	1881	México, D.F.
Instituto Normal	1881	Puebla, Pue.
Colegio Inglés	1886	Saltillo, Coah.
Escuela Hijas de Juárez	1886	Guanajuato, Gto.
Instituto Laurens	1889	Monterrey, N.L.
Colegio Palmore	1890	Chihuahua, Chih.
Instituto Colón	1893	Guadalajara, Jal.
<i>B)Escuelas para hombres</i>		
Instituto Metodista Mexicano	1874	Puebla, Pue.
Escuela Julián Villagrán*	1877	Pachuca, Hgo.
Instituto Laurens	1885	Monterrey, N.L.
Instituto McDonnel	1889	Durango, Dgo.
Colegio Wesleyano	1889	San Luis Potosí, S.L.P.
Instituto Palmore	1890	Chihuahua, Chih.
Instituto Metodista	1895	Querétaro, Qro.

*En el cuadro original está escrito de manera incorrecta como Escuela Juan Villagrán; el nombre correcto es Escuela Julián Villagrán. Fuente: Bastian, (1993, p. 324).

Anexo 9. Informe Conferencia Anual Fronteriza, Iglesia Metodista Episcopal del Sur (IMES), 1897.

Capital humano y material alcanzado		Colectas (en pesos)	
Predicadores locales	12	Para presbíteros presidentes	\$ 30.50
Miembros [feligresía total]	1873	Para pastores	\$ 1781.52
Templos	18	Para obispos	\$ 20.50
Valor de templos	\$ 38,388.00	Para pensionistas [jubilados]	\$ 187.00
Casas de ministros	6	Para misiones	\$ 331.34
Valor casas de ministros	\$ 1,780.00	Para construcción de templos	\$ 112.37
		Para Sociedad Bíblica	\$ 24.54
		Ligas Epworth	\$ 11.00
		Miembros de la Liga Epworth	\$ 411.00
		Escuelas dominicales	\$ 54.00
		Oficiales y maestros	\$ 138.00
		Discípulo	\$ 1, 457.00

Fuente: Carter, (1897, p. 84).